

SE SUSCRIBE:

En Madrid, en las principales librerías, y en la administración, Travesía del Horno de la Mata, núm. 3, principal.

En provincias, remitiendo el importe á nombre del administrador en libranzas ó sellos de franqueo.

Director, D. S. M. de SAN ROMAN.

EL GATO,

PERIODICO MINISTERIAL, HASTA CIERTO PUNTO

SE PUBLICA SEIS VECES AL MES.

Manifiesto del Sr. D. Carlos VII.

Como teníamos anunciado á nuestros lectores, la augusta voz del Sr. D. Carlos VII, no ha tardado en resonar por toda la Península, y á estas horas pocos serán los españoles que ya no hayan leído, más de una vez, su célebre manifiesto.

Esto, no obstante, prometimos, en su día, insertarlo en las columnas de El Gato, y, cumplimos la oferta, por más que tengamos que efectuarla con retraso, dada la índole de nuestra publicación.

Pero, como quiera que por esa misma circunstancia, esta clase de periódicos están destinados á tener más vida que los diarios, toda vez que la gran mayoría de los suscritores, coleccionan sus números, no nos parece que les desagradará el conservar íntegro un manifiesto que, muy en breve, obtendrá aun mayor importancia.

Hechas estas leves indicaciones, réstanos, por último, encarecer á nuestros abonados, que no vean en tan inestimable documento, las comunes ofertas que en tantos otros se les han hecho salidos también de augustos labios.

El carácter caballeroso, noble y leal de D. Carlos VII, es la más segura garantía de que sus palabras han de verse sancionadas por la práctica, aun á costa de su propia sangre.

La religion, hallará en él un constante defensor; la patria, un hermano: el pueblo y el desvalido, un padre.

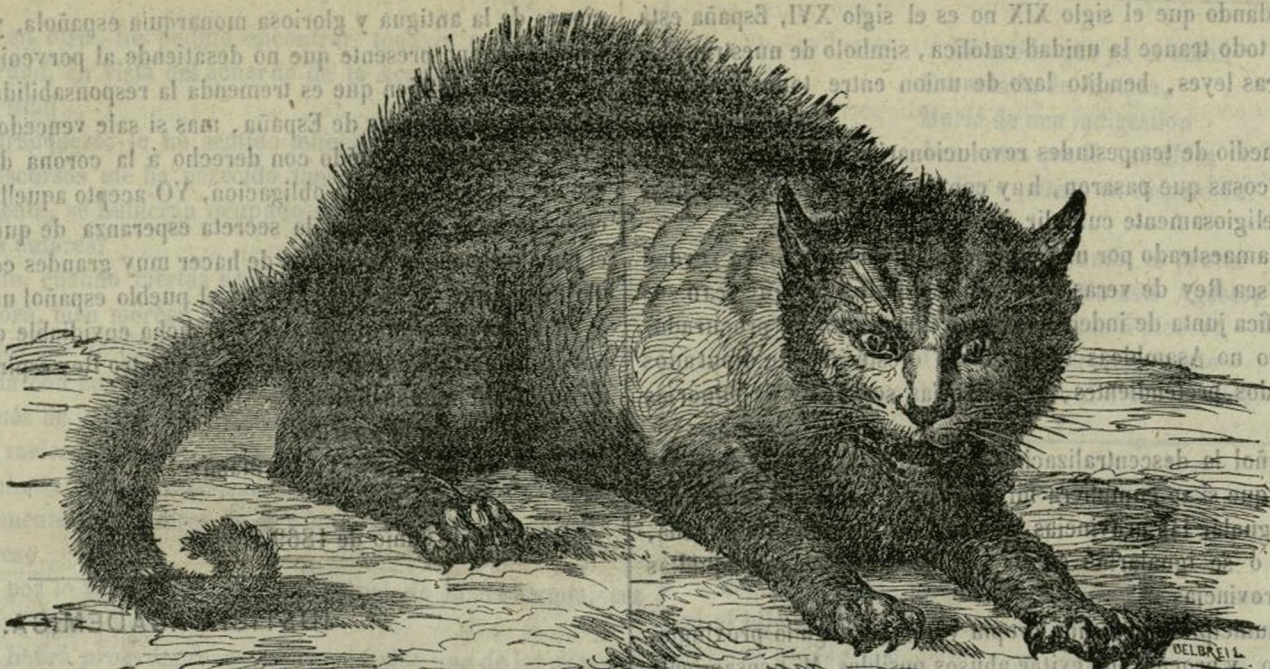
Interin llegan días tan venturosos, con toda la fé que existe en el santuario de nuestra conciencia, no podemos por ménos de exclamar:

¡VIVA D. CARLOS VII!

El manifiesto redactado en forma de carta dirigida á su augusto hermano D. Alfonso, dice así:

«Mi querido hermano: En folletos y en periódicos se ha dado bastante mente á conocer en España mis ideas y sentimiento de hombre y de Rey. Cediendo, sin embargo, al general y vehementísimo deseo que ha llegado hasta mí desde todos los puntos de la Península, escribo esta carta, carta en que no hablo solo al hermano de mi corazón, sino á todos los españoles, sin excepción ninguna, que también son mis hermanos.

Yo no puedo, mi querido Alfonso, presentarme á España como pretendiente á la corona: yo debo creer, y creo, que la corona de España está ya puesta sobre mi frente por la santa mano de la ley. Con ese derecho nací, que es al propio tiempo obligación sagrada; mas deseo que ese derecho mio sea confir-



EL GATO,

PERIODICO MINISTERIAL, HASTA CIERTO PUNTO

SE PUBLICA SEIS VECES AL MES.

Manifiesto del Sr. D. Carlos VII.

Como teníamos anunciado á nuestros lectores, la augusta voz del Sr. D. Carlos VII, no ha tardado en resonar por toda la Península, y á estas horas pocos serán los españoles que ya no hayan leído, más de una vez, su célebre manifiesto.

Esto, no obstante, prometimos, en su día, insertarlo en las columnas de El Gato, y, cumplimos la oferta, por más que tengamos que efectuarla con retraso, dada la índole de nuestra publicación.

Pero, como quiera que por esa misma circunstancia, esta clase de periódicos están destinados á tener más vida que los diarios, toda vez que la gran mayoría de los suscritores, coleccionan sus números, no nos parece que les desagradará el conservar íntegro un manifiesto que, muy en breve, obtendrá aun mayor importancia.

Hechas estas leves indicaciones, réstanos, por último, encarecer á nuestros abonados, que no vean en tan inestimable documento, las comunes ofertas que en tantos otros se les han hecho salidos también de augustos labios.

El carácter caballeroso, noble y leal de D. Carlos VII, es la más segura garantía de que sus palabras han de verse sancionadas por la práctica, aun á costa de su propia sangre.

La religion, hallará en él un constante defensor; la patria, un hermano: el pueblo y el desvalido, un padre.

Interin llegan días tan venturosos, con toda la fé que existe en el santuario de nuestra conciencia, no podemos por ménos de exclamar:

¡VIVA D. CARLOS VII!

El manifiesto redactado en forma de carta dirigida á su augusto hermano D. Alfonso, dice así:

«Mi querido hermano: En folletos y en periódicos se ha dado bastante mente á conocer en España mis ideas y sentimiento de hombre y de Rey. Cediendo, sin embargo, al general y vehementísimo deseo que ha llegado hasta mí desde todos los puntos de la Península, escribo esta carta, carta en que no hablo solo al hermano de mi corazón, sino á todos los españoles, sin excepción ninguna, que también son mis hermanos.

Yo no puedo, mi querido Alfonso, presentarme á España como pretendiente á la corona: yo debo creer, y creo, que la corona de España está ya puesta sobre mi frente por la santa mano de la ley. Con ese derecho nací, que es al propio tiempo obligación sagrada; mas deseo que ese derecho mio sea confir-

mado por el amor de mi pueblo. Mi obligación, por lo demás, es consagrar á este pueblo todos mis pensamientos y todas mis fuerzas: es morir por él ó salvarle.

Decir que aspiro á ser Rey de España y no de un partido, es casi vulgaridad, porque, ¿qué hombre digno de ser Rey se contenta con serlo de un partido? En tal caso se degradaría á sí propio, descendiendo de la alta y serena region donde habita la majestad y á donde no pueden llegar rastreras y lastimosas miserias. Yo no debo ni quiero ser Rey sino de todos los españoles: á ninguno rechazo, ni aun á los que se digan mis enemigos, porque un Rey no tiene enemigos; á todos llamo, hasta á los que parecen más, estraviados, y les llamo afectuosamente en nombre de la patria; y si de todos no necesito para subir al trono de mis mayores, quizás necesite de todos para establecer sobre sólidas é incommovibles bases la gobernacion del Estado, y dar fecunda paz y libertad verdadera á mi amadísima España.

Cuando pienso en qué deberá hacerse para conseguir tan altos fines, pone miedo en mi corazón la magnitud de la empresa. YO sé que tengo el deseo ardiente de acometerla, y la resuelta voluntad de terminarla; mas no se me esconde que las dificultades son imponderables, y que no sería hacedero vencerlas sin el consejo de los varones más imparciales y probos del reino, y sobre todo, sin el concurso del mismo reino congregado en Cortes, que verdaderamente representen todas sus fuerzas vivas y todos sus elementos conservadores.

YO daré con esas Cortes á España una ley fundamental, que segun expresé en mi carta á los soberanos de Europa, espero que ha de ser definitiva y española.

Juntos estudiamos, hermano mio, la historia moderna, meditando sobre grandes catástrofes, que son enseñanza á los Reyes y á la vez escarmiento de pueblos. Juntos hemos meditado también y convenido, en que cada siglo puede tener, y tiene de hecho, legítimas necesidades y naturales aspiraciones.

La España antigua necesitaba de grandes reformas. En la España moderna ha habido grandes trastornos. Mucho se ha destruido, poco se ha reformado. Murieron antiguas instituciones, algunas de las cuales no pueden renacer; háse intentado crear otras nuevas que ayer vieron la luz y se están ya muriendo. Con haberse hecho tanto, está por hacer casi todo. Hay que acometer una obra inmensa, una inmensa reconstrucción social y política, levantando en ese país desolado, sobre bases cuya bondad acrediten los siglos, un edificio grandioso en que puedan tener cabida todos los intereses legítimos y todas las opiniones razonables.

No me engaño, hermano mio, al asegurar que España tiene hambre y sed de justicia, que siente la urgentísima é imperiosa necesidad de un gobierno digno y enérgico, justiciero y honrado; y que ansiosamente aspira á que con no disputado imperio reine la ley, á la cual debemos estar todos sujetos, grandes y pequeños.

España no quiere que se ultraje ni ofenda la fé de sus padres; y poseyendo en el catolicismo la verdad, comprende que si ha de llenar cumplidamente su encargo divino, la iglesia debe ser libre.

Sabiendo y no olvidando que el siglo XIX no es el siglo XVI, España está resuelta á conservar á todo trance la unidad católica, símbolo de nuestras glorias, espíritu de nuestras leyes, bendito lazo de union entre todos los españoles.

Cosas funestas en medio de tempestades revolucionarias han pasado en España; pero sobre esas cosas que pasaron, hay concordatos que se deben profundamente acatar y religiosamente cumplir.

El pueblo español, amaestrado por una experiencia dolorosa, desea verdad en todo, y que su Rey sea Rey de veras y no sombra de Rey, y que sean sus Cortes ordenada y pacífica junta de independientes é incorruptibles procuradores de los pueblos, pero no Asambleas tumultuosas ó estériles de diputados empleados ó de diputados pretendientes, de mayorías serviles y de minorías sediciosas.

Ama el pueblo español la descentralización y siempre la amó, y bien sabes mi querido Alfonso que si se cumpliera mi deseo, así como el espíritu revolucionario pretende igualar las provincias Vascas á las restantes de España, todas estas semejarían ó se igualarían en su régimen interior con aquellas afortunadas y nobles provincias.

YO quiero que el municipio tenga vida propia y que la tenga la provincia, previendo, sin embargo, y procurando evitar abusos posibles. Mi pensamiento fijo, mi deseo constante es cabalmente dar á España lo que no tiene, á pesar de mentidas vociferaciones de algunos ilusos, es dar á esa España amada la libertad que solo conoce de nombre; la libertad, que es hija del Evangelio; no el liberalismo, que es hijo de la protesta; la libertad, que es al fin el reinado de las leyes, cuando las leyes son justas, esto es, conformes al derecho de naturaleza, al derecho de Dios.

Nosotros, hijos de Reyes, reconocíamos que no era el pueblo para el Rey, sino el Rey para el pueblo; que un Rey debe ser el hombre más honrado de su pueblo, como es el primer caballero; que un Rey debe gloriarse además con el título especial de padre de los pobres y tutor de los débiles.

Hay en la actualidad, mi querido hermano, en nuestra España, una cuestión temerosísima: la cuestión de Hacienda. Espanta considerar el déficit de la española. No bastan á cubrirlo las fuerzas productoras del país. La bancarrota es inminente: YO no sé, hermano mío, si puede salvarse España de esta catástrofe; pero si es posible, solo su Rey legítimo la puede salvar. Una inquebrantable voluntad obra maravillas. Si el país está pobre, vivan pobremente hasta los ministros, hasta el mismo Rey que debe acordarse de D. Enrique el Doliente. Si el Rey es el primero en dar el gran ejemplo, todo será llano, suprimir ministerios y reducir provincias, y disminuir empleos y moralizar la administración, al propio tiempo que se fomente la agricultura, proteja la industria y aliente al comercio. Salvar la Hacienda y el crédito de España es empresa titánica, á que todos deben contribuir, Gobierno y pueblos. Menester es, que mientras se hagan milagros de economías seamos todos muy españoles, estimando en mucho las cosas del país, apeteciendo solo las útiles del extranjero. En una nación hoy poderosísima, languideció en tiempos pasados la industria, su principal fuente de riqueza, y estaba la Hacienda mal parada y el Reino pobre. Del alcázar real, salió y derramóse por los pueblos una moda, la de vestir solo las telas del país. Con esto la industria reanimada dió origen dichoso á la salvación de la Hacienda y á la prosperidad del Reino.

Creo por lo demás, hermano mío, comprender lo que hay de verdad y lo que hay de mentira en ciertas teorías modernas; y por tanto aplicada á España, reputo por error muy funesto la libertad de comercio, que Francia repugna y rechazan los Estados Unidos. Entiendo por el contrario, que se debe proteger eficazmente la industria nacional. Progresar protegiendo debe ser nuestra fórmula.

Y por cuanto paréceme comprender lo que hay de verdad y de mentira en esas teorías, se me alcanza también en qué puntos lleva razón la parte del pueblo que hoy aparece más extraviada; pero es seguro que casi todo lo que hay en sus aspiraciones de razonable y legítimo, no es invención de ayer, sino doctrinas de antiguo conocidas, aunque no siempre, y singularmente en el tiempo actual observadas. Engaña al pueblo quien le diga que es Rey; pero es verdad que la virtud y el saber son la principal nobleza; que la persona del mendigo es tan sagrada como la del príncipe, que la ley debe guardar, así las puertas del palacio como las puertas de la cabaña; que conviene crear instituciones nuevas si las antiguas no bastasen para evitar que la grandeza y la riqueza abusen de la pobreza y de la humildad; que debiendo hacerse justicia igualmente á todos y conservar á todos igualmente su derecho, le está bien á un gobierno bueno y previsor mirar especialmente por los pequeños, y directa ó indirectamente procurar que no falte trabajo á los pobres y que puedan sus hijos, que hayan recibido de Dios un claro entendimiento, adquirir la ciencia, que, acompañada de la virtud, les allane el camino hasta las más altas dignidades del Estado.

La España antigua fué buena para los pobres; no lo ha sido la revolución. La parte de pueblo que hoy sueña en la república va ya entreviendo esta verdad. Al fin la verá clara y patente como la luz; y verá que la Monarquía Cristiana puede hacer en su favor, lo que nunca harán trescientos reyezuelos disputando en una asamblea clamorosa. Los partidos, ó los jefes de los partidos, naturalmente codician honores ó riquezas ó imperio; pero ¿qué puede apetecer en el mundo un Rey Cristiano, sino el bien de su pueblo? ¿Qué le puede faltar á ese Rey en el mundo para ser feliz, sino el amor de ese pueblo?

Pensando y sintiendo así, mi querido Alfonso, soy fiel á las buenas tradi-

ciones de la antigua y gloriosa monarquía española, y creo ser á la vez hombre del tiempo presente que no desatiende al porvenir.

Comprendo bien que es tremenda la responsabilidad de quien tome sobre sí restaurar las cosas de España, mas si sale vencedor en su empeño, inmensa será su gloria. Nacido con derecho á la corona de España, y mirando en ese derecho una sagrada obligación, YO acepto aquella responsabilidad, y busco esta gloria. Me anima la secreta esperanza de que, con la ayuda de Dios, el pueblo español y yo hemos de hacer muy grandes cosas; y ha de decir el siglo futuro que yo fui buen Rey, y el pueblo español un gran pueblo.

Tú, hermano mío, que tienes la dicha envidiable de servir bajo las banderas del inmortal Pontífice, pide á ese nuestro Rey espiritual para España y para mí su bendición apostólica.

Y á Dios que te guarde.

Tuyo de corazón.—Tu hermano.

CARLOS.

Paris 30 de Junio de 1869.

JUSTICIA ACADEMICA.

Acababa el otro día de oír un discurso de Ruiz Zorrilla, y hallábame como progresista despues de haber asistido á una comida de Prim.

Esto es, ahitado.

Los manjares que ofrece Ruiz Zorrilla en sus discursos, sábase quíán los paga; él hace de anfitrión, y la gramática y el habla castellana, abren la bolsa.

En cambio las comilonas y festines de Prim no se sabe quien las paga aunque el que abre la bolsa, es, ni más ni menos, que el Marqués de los Castillejos.

A los convites de Prim jamás ha tenido EL GATO la honra de asistir y espera, Dios mediante, y si Suñer no se le mete en el cuerpo, no tenerla, tampoco, en lo sucesivo.

Ahora, á los que ofrece Ruiz Zorrilla desde el banco azul, ya es otra cosa; y, lo confieso francamente, experimento cierta á manera de *desazoncilla*, siempre que abre S. S. la boca en el parlamento, y yo no me hallo allí.

Por eso, sin duda alguna, salía ahitado días pasados, al acabar de escuchar su último discurso.

Pensando, pues, qué tomaría yo, que estuviese á mano, para *desengrasar*, hallábame ya en la calle del Arenal, cuando recordé que la Academia de la Lengua, en sesión pública, celebrada hace unos días, había tomado el peregrino acuerdo de no autorizar la lectura de los discursos de los Sres. Selgas y Nocedal.

Primero: Porque los discursos eran políticos.

Segundo: Porque esta circunstancia es de mayor gravedad en la contestación, toda vez que se dá á nombre del director.

Y, al recordar esto, dime con el jopo en la frente, saqué del portamonedas una peseta nueva, subí al mostrador de la librería de Tejado, y adquirí un ejemplar de ambos discursos, echándome á correr en seguida camino de mi cobacha.

¿Quién por cuatro reales—decía yo por el camino—no pasa un buen rato paladeando las sabrosas frases, los epigramáticos conceptos, la castiza dición, de estos dos escritores, y qué antídoto mejor para curarme de las palabras de Ruiz Zorrilla que acabo de oír?

Efectivamente, apenas llegué á mi aposento, parecíame que, con solo el olorillo que daba de sí el libro, ya me sentía mejor y que las náuseas iban desapareciendo.

Encendí, pues, con gran contentamiento, una de las velas que mi primo Micuf me remite de Francia, y cuya luz es algo más clara que la que dan las de la Aurora, y, calándome las antiparras, empecé la lectura.

En breve rato di esta por terminada, encontrándome completamente curado del amago de indigestion *Ruiz Zorrillesca*, pero en cambio muy preocupado por no poder explicarme como la Academia de la Lengua, ese conjunto de sabios, por mayoría de dos votos se había atrevido á prohibir tales discursos por políticos.

—Señor, decía yo para mi jopo; será posible que una reunión de sabios que se rige por unos estatutos, cuyo artículo XXXII, dice: *En las obras que la Academia adopte y publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones; el cuerpo lo será únicamente de que las obras merecen ver la pública luz*, haya podido condenar, tales discursos, por políticos?

¿Será por ventura, preguntábame entre asombrado y tirulato, que la Academia de la Lengua vista hoy el uniforme de voluntarios de la libertad, y así disfrazada, juzgue como político, todo trabajo que no concluya con algunas notas del himno de Riego?

Porque solamente juzgándolos con el criterio de un fusil de la libertad, es como, en tal caso, podría justificarse el acuerdo, toda vez que ni al Sr. Selgas, ni al Sr. Nocedal, se les ha ocurrido concluir sus discursos, con las notas del famoso himno del aun más famoso patriota de las cabezas.

Verdad es que el primero, demuestra, con lógica no progresista, que el *socialismo*, la *política* mal entendida, y la *industria*, son los tres elementos que más contribuyen, en nuestros días, á corromper el habla castellana.

Cierto es, que el segundo, corroborando esta tesis, prueba además, que el *ateísmo*, el *materalismo* y el *panteísmo*, le ayudan con esfuerzo soberano.

Pero ni en uno ni en otro, he podido encontrar todavía ese color y olor político, que, á la verdad, en vista del acuerdo de la Academia, me hizo buscar el libro con tanto afán.

Y confíeselo con franqueza; lo he sentido mucho, pues si el rato que ha pasado leyendo los discursos me ha parecido tan agradable, ¿qué no hubiere sido, si en ellos realmente, se hubieran ocupado de política, personas de tanta competencia como sus autores?

Porque francamente, cuando ciertas personas, de reconocida importancia, se ocupan de esta señora, bien merece la pena de leerse sus escritos, hoy que, por desgracia, todos los que de ella nos ocupamos, lo hacemos tan á la ligera.

Y esto me recuerda con cuanta fruición lei, allá por el año de 1857, cierta carta del marqués de Molins, presidente hoy de la Real Academia de la Lengua, publicada en varios periódicos, en la que, con el estilo siempre galano de este escritor, combatía con grandes razones, la erección de la estatua á Mendizabal, que justamente los hombres de la gloriosa, acaban de colocar en la Plazuela del Progreso.

En aquella época, por lo visto, el presidente actual de la Academia, era enemigo de cierta clase de política.

Pero hoy, tal vez, habrá progresado, y por eso ha sido uno de los diez que han votado en contra de la admisión de los discursos, pues es evidente que á tener estos algún olorillo, político, no sería favorable á la situación, ante la que, estos diez votantes, han querido hacer una liberal genuflexión.

De todos modos, preciso es confesar que, estos diez Académicos, en la ocasión presente, han andado muy listos y, al uso de su jefe el Sr. Ruiz Zorrilla, han sentido nacer la yerba aun antes de brotar en la tierra.

Inteligencias privilegiadas, á los benéficos rayos del sol de la libertad, han logrado ver lo que cuando este nuevo Febo aun no había asomado el rostro disfrazado de voluntario, no vieron jamás.

Hé aquí diez votos que con su acuerdo han consignado que la Real Academia de la Lengua, es impolítica.

Si todos los individuos de ella hubieran estado en Madrid al adoptarse este acuerdo, es posible que alguno hubiese recordado á su presidente el marqués de Molins, para tratar de evitarlo, aquella célebre frase de Madame Stael: *Cuidado que no hay incendio que trastorne más fuertemente á una mujer que el que no se quema para ella.*

TADELANTE!

Entre Rios y Rivero

Se armó ya ¡patza salero!

Segun lo que me imagino,

Por más que sea agua el primero

Y el segundo todo vino.

Dice Rivero con chispa

—Y á fe que la tiene buena—

Que el pelo no se le encrispa,

Porque zumbe hecho una abispa

Rios ó se vuelva una hiena.

Y Rios frunciendo el ceño

Dice: no le temo al mosto

Que le aguó, si tengo empeño,

Y antes de que llegue Agosto

Me hago del cotarro dueño.

Pero replica Colás

Con acento peregrino

Embriagado por demás,

Que á él no le aguará jamás

Un disidente su vino.

Y entre el dime y el direte

Absorto mira el país

Como lucha Pajaréte

Con el padre Guadalete.

Teniendo el alma en un tris.

Y Becerra, ya en remojo,

No quita á Silvela el ojo,

Ni Martos al buen Martín

Herrera, por si es que al fin

Logra Rivero su antojo.

Y Silvela suspirando

Pasa las noches rezando

Con su fiel amigo Herrera,

Porque Rios eche fuera

La que le están preparando.

De modo que ya la unión

Cacaréada de Alcolea,

Murió de una indigestión

Aun antes que la Asamblea

Se haya puesto en dispersion.

Fácil, por tanto, es prever

Que tras de Julio está Agosto,

Tras de Río agua á placer,

Tras de Rivero buen mosto

Y tras de esto... el aprender.

ARAÑAZOS.

Segun nos dicen de Sevilla, parece que dias pasados parte del pueblo obligó al hijo del verdugo á que se dejase disfrazar imitando á Montpensier, y lo llevaron procesionalmente acompañado de grandes rechiflas, hasta la Plaza de Armas, en donde hicieron una hoguera con leña de naranjo y quemaron el disfráz que lo encubría.

Es indudable que, cada dia que pasa, son mayores las pruebas de simpatías que va alcanzando el célebre Pontempié.

El Gobernador de Sevilla se ha lucido con su pistonuda circular.

Apenas la han leído los republicanos se han salido de la ciudad entusiasmados con la literatura progresista.

Parece que van repartiendo palos y dinero á domicilio.

Prim está muy sofocado de ver como le parodian sus paseos y sus huidas; pero ha dado órdenes muy severas.

Se prenderán algunos curas y reaccionarios para que escarmienten los republicanos.

Se levantará Luis Blanc echándole de importante (suple hombre) á decir que es una tiranía, una infamia, no dejar á los republicanos de Sevilla recoger sus cosechas en aquellas campiñas.

Y tendrá razón: siendo la Hacienda ya patrimonio de pícaros ¿por qué no ha de ser el país patrimonio de vándalos?

Nada, á vivir sobre el país, y cuando no se pueda, se hace uno el mártir.

Y vivan los derechos... de conquista.

Un papelucho liberalesco, con toda la gracia de un progresista en ayunas, ha cantado la siguiente coplita:

A la puerta de tu casa

He de sembrar un ciruelo,

Para que á su sombra crezcan

Los moderados y neos.

El Gato, enamorado de la letra y de la música, se las ha parodiado así al susodicho papel:

Si en la puerta de tu casa

Quieres plantar un ciruelo,

Con poner un progresista

Tienes ya ciruelo y medio.

Segun hemos visto en *La Correspondencia*, la partida del republicano Maza, se halla en Encinasola.

¿Estamos en Julio de 1869 ó en Enero de 1866?

Si nuestra causa no triunfara, como es seguro que ha de triunfar, y muy pronto, no sería extraño que allá para Julio de 1871, viésemos á Maza de Presidente del Consejo de Ministros de alguna nueva Alteza revolucionaria.

¿No es verdad, D. Prim?

Ciertos periódicos liberalescos, que no pueden, ó mejor dicho, no quieren comprender el gran efecto que en todas las clases sociales ha producido el Manifiesto de D. Carlos VII, intentan hacer creer que los principios en él sustentados no son admisibles para los antiguos carlistas.

Pero, Señor, habrá imbécil todavía que crea realmente que los antiguos carlistas eran unas *heras* refractorias á todo progreso y á toda idea noble y levantada?

¿Pues qué, aquellos carlistas, como los de hoy, ambicionaban otra cosa más que el bienestar y el adelanto de su patria?

¡Ah! teneis razon: combatidnos con esas armas que son las únicas que podeis esgrimir, por más que ni con ellas, ni con otras algunas, logreis meter la cizaña en el partido.

Demasiado caro le ha costado al país aprender lo que significa la libertad de los liberales, para que hoy os hagan caso.

Y á propósito, hemos oído que por el Gobernador de la provincia, se ha prohibido á los vendedores anunciar el contenido de los periódicos que expenden.

Igual determinacion en tiempo de Marfori, fué calificada por los liberales de despótica, de tirana, de absurda.

¿Y ahora, cómo la calificarán?

El manifiesto de D. Carlos VII es leído y releído hasta en la última chusería de Madrid.

Y lo peor es que los *situacioneros* mientras más trinan contra él, más importancia le dan toda vez que no hallan ni una razón con que refutarlo.

De esta hecha no quedan en España más que dos partidos; el uno el de los honrados; el otro el de..... nuestros lectores concluirán la oración.

Los dueños de los coches de plaza han tomado á bien retirarlos de las paradas toda vez que el popular alcalde 1.º parece que les obliga á uniformar los cocheros.

Vista esta determinacion de S. M. municipal, á través de las libertades proclamadas por la *gloriosa*, se necesita estar *córrio* para considerarla lógica.

Y á propósito allá va eso.

Diálogo cocheril, tal como ha llegado á nuestros oídos.

—Te dije que la culpa es de Ruiz Zurrilla.

—En te dije que no: la culpa es de Riveru que quiere que vayamus vestidos de voluntarios en el pescante.

—Los demus te leyen! Que siempre has de ser jallejo! Ruiz Zurrilla es el Menistro de Fomento y es el que entiende de las caballerías, y él tira por esu de los coches que son de su ramu. ¿Qué te apuestas?

—Un mediu de lu tinto.

—Eh! guindilla, entre aquí en la tienda. Díjame, ¿quién tira de los coches, Ruiz Zurrilla ú Riveru?

—Bárbaro! ¿quién ha de ser? Riveru que es el Alcalde.

—Lo ves, Santiajo? paja la apuesta.

Hemos recibido las tres últimas cartas que ha publicado en Sevilla el erudito é infatigable Sr. D. Francisco Mateos Gago, desenmascarando á los enemigos del catolicismo que en aquella ciudad se conocen con el nombre de los *cabreristas*.

Sentimos que las condiciones de El Gato no permitan trasladarlas á nuestras columnas, seguros de que el público tendría una satisfacción en conocerlas.

Son tres documentos que honran á su autor y que revelan, una vez más, el infatigable afán con que el científico y virtuoso Sr. Gago, se presenta á luchar siempre que la Religión del Crucificado es villanamente atacada.

Con sacerdotes como el Sr. Mateos Gago, honra del clero español, donde brillan tantas notabilidades, bien podemos desafiar todas las pagadas propagandas del protestantismo.

Algun periódico de la situación al hablar del Sr. Ochoa, le llama siempre con cierta sorna el *ex-guardia civil*.

Nosotros, en lugar del Sr. Ochoa, tendríamos á muchísima honra que nos llamaran así.

Creemos que lo que deshonra es haber sido perseguido por la guardia civil.

Y el periódico á que aludimos, quizás conozca á más de uno que se halle en este caso.

Un voluntario á su mujer:

—Tomasita, prepárame la camisa y la casaca para mañana.

—Están preparadas, porque te la volvíste ayer llena de polvo y yo la limpié; ¿pero á dónde vas?

—Mañana hay formación, pasado revista, el otro ejercicio, el viernes serenata y el sábado taberna.

—Y el jornal ¿cuándo lo ganas?

—Luego, porque el domingo es para descansar.

—Ea pues ¡viva la libertad! hijo mío!

El *Imparcial* publica un comunicado del Sr. Damato en que dice que cuando vengán los carlistas, se encontrará Prim en medio de sus batallones.

Se entiende, si un batallón está en Huesca y otro en Cádiz.

Y, sobre todo, ¿quién duda que se encuentre en medio del peligro, como se encontró en Valencia en 1865, con los artilleros en 1866, con Pierrad en 1867, y en Alcolea en 1868?

En vista de este afán de pelea y de encontrarse en todas las batallas, como Santiago que lo veían los cristianos en el aire, le vamos á parodiar estos versos, de un poeta antiguo:

Prim es un duende importuno

Que á brayo nadie le da.

En todas partes está,

Pero no lo ve ninguno.

Hay un Diputado que ha dado en llamarse Luis Blanc, no sabemos por qué, el cual dijo el otro día que había sufrido mucho por causa de Ceste.

Pero si el Sr. Luis Blanc, no hubiese escrito periódicos como el *Relámpago*, no habría sido condenado á diez y seis años de presidio, ni habría sido indultado á los dos años, por los mismos á quienes insultó.

Resulta, pues, que no fué Ceste quien buscó á Blanc, sino Blanc que se dedicó á tropezar con Ceste.

Ahora lo que falta es que por el servicio prestado al gobierno se tropiece con un destínulo y *laquí chupatur*.

La república con pan, no es mala.

El gran político Sagasta dice que tiene el hilo de las conspiraciones; pero creemos que equivoca estos hilos con las cuerdas del violon.

A no ser que lo haya puesto al cabo el Gobernador de Sevilla, que es una digna sucursal del Sr. Sagasta.

A un Sagasta un Ulzurúm.

Te digo lector, y basta,

Que no hay un canto de atum

Desde Ulzurúm á Sagasta

O de Sagasta á Ulzurúm.

Histórico. El centinela de guardia en la escalera de S. A. Serrana, al verlo bajar el otro día, exclamó:

—Cabo é guardia; María Santísima!!!

—Animal, no ves que no tiene mitra?

—Pus no me dijo V. eso?

—Nó bruto, te digo *Su Serentísima Alteza*.

Mientras el Director de *incomunicaciones* se entretiene con sus patillas y en defender á su compinche Sagasta, las cartas bailan solas y se pronuncian con los sellos, que es una alegría de Dios.

Sr. Gonzalez, no sería mejor que en vez de defender á nadie se defendiese á sí mismo, antes que las cartas se lo coman en una sublevación?

No estaría V. mejor en la oficina que en el Congreso haciendo de D. Quijote?

O es que, en esta época de las incantaciones, vamos á tener también *apa-leos*, escamoteos y fariseos?

El Sr. Figuerola llamó *villano* en la sesión del lunes al catalán Sr. Puig y Llagostera.

El general Prim se levantó á protestar de esta calificación y aseguró que el Sr. Puig y Llagostera era una persona muy digna.

La *Epoca*, al día siguiente, dijo que era una persona muy respetable el señor Puig y Llagostera.

Y varios catalanes escriben desde Barcelona el sábado á este periódico, asegurando que el Sr. Puig y Llagostera no tiene nada de respetable.

¿Se puede saber qué es el Sr. Puig y Llagostera?

Asegúrase que el Virey de Funer ha regalado á S. A. Serrana una silla de montar:

Y al saberlo Ruiz Zurrilla

Hay quien dice que exclamó:

Qué injusticia! no soy yo

Más acreedor á esa silla?